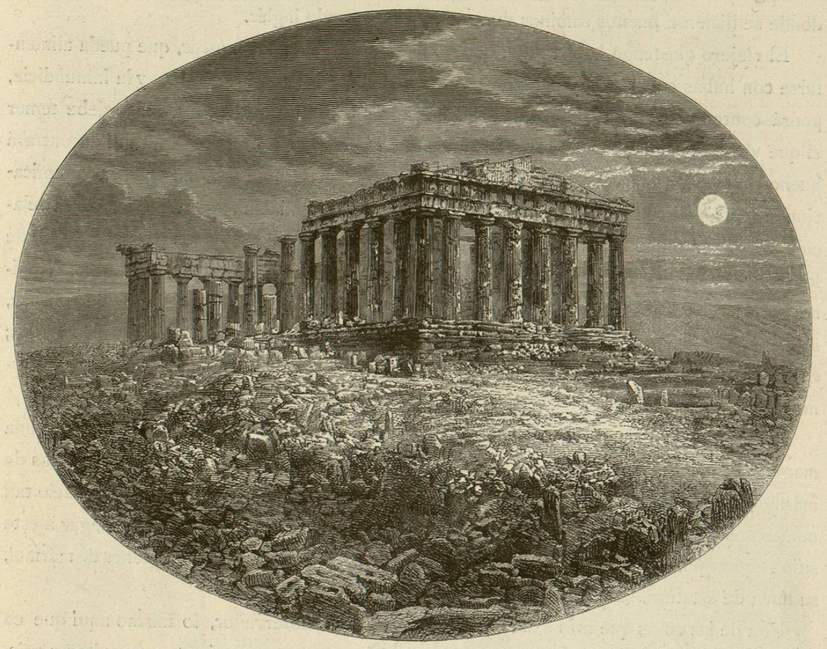
nado el Bósforo por una parte más estrecha. Aquí se hallan tambien los bien conocidos castillos de Europa yAsia; Tofana, el gran arsenal, y el magnífico palacio de Dolmabatche, al que se retiró el Sultan despues de la destruccion del Serrallo por un incendio. De esta soberbia morada salieron cincuenta y dos botes cargados de mujeres, arrojadas de ella cuando la deposicion de Abdul Aziz.

Sin embargo, las mayores bellezas del Bósforo se hallan alrededor de la gran ciudad, particularmente en el punto donde un brazo de aquel forma el famoso puerto del Cuerno de Oro, un dock natural que puede contener mil doscientos buques, y tan profundo que algunos pueden amarrar á lo largo de las casas de la ciudad. En este puerto se ven siempre embarcaciones de todos tamaños y de todos los países, sin que falten los faluchos, jabeques y bateos de las aguas del Mediterráneo, que alternan con los buques de guerra del Sultan, entre los cuales circulan los *caiques* y góndolas de la capital del Oriente.

Las ventajas naturales de una ciudad que tiene semejante puerto saltan á la vista: bajo un sabio gobierno y una política ilustrada, podria llegar á ser uno de los más importantes centros comerciales del mundo; y nada de extraño tiene que muchos codiciosos vecinos se ilusionen ante la perspectiva de obtener tan rica presa; pero esta se halla todavía en posesion del turco, y aún falta mucho que decir y hacer ántes de obligarle á dejar el cetro, para que otras manos administren la noble herencia de aquel soberbio monarca á quien llamaron Constantino el Grande.

ATENAS



El Partenon

GRECIA es un país de chocantes contradicciones, de tristes y humillantes contrastes; su pasada historia fué tan grande y gloriosa como mísera y mezquina es su presente condicion.

Si algo ha progresado este país desde que llegó á ser una nacion independiente, hace más de cincuenta años, ha sido tan poco, que si Byron, Cochrane, Gordon y sus entusiastas hermanos, que lucharon por Grecia con la pluma y la espada, pudiesen verla ahora, inclinarian la cabeza avergonzados, perdiendo toda esperanza de salvar á esta desgraciada nacion.

Ningun país puede ser más interesante que Grecia para el anticuario, el artista y el poeta, para el escolar y el estudiante de humanidades, para el amante de lo pintoresco y para el viajero en general; y sin embargo, apénas habrá en Europa un país tan poco visitado por los modernos *touristes*. En cuanto á los viajeros ingleses, mayor es el número de los que escalan las estériles montañas de Azufre de la fria Islandia que el de los que visitan el clásico Olimpo, el trono del poderoso Júpiter, y Parnaso de los poetas, lo cual se debe sin duda á la falta de posadas y caminos y á la persistencia del bandolerismo. Los que viajaban por Grecia en 1843 no corrian más peligro que el necesario para que su excursion fuera excitante, pero

desde entónces cada vez ha sido peor. Cierto escritor dijo muy oportunamente que «el rey Oton, que ha gastado quince millones de duros en guerras civiles y cinco en palacios, no tiene cincuenta millas de un camino practicable ó de carretera en todos sus dominios.» Bajo el actual gobierno se podria decir poco más ó ménos lo mismo, si exceptuamos las Islas Jónicas, donde se hicieron buenos caminos durante el protectorado inglés.

El viajero que tenga la piel dura, que no haga aprecio de las moscas, que pueda alimentarse con habas caballunas y pepinos, y no tema habérselas con los asesinos y la inmundicia, podrá contemplar en Grecia los más bellos cuadros naturales de Europa. Nada debe temer el que visite la ciudad de Atenas si se abstiene de vagar por los alrededores; allí encontrará buenos hoteles, y una vía férrea de cerca de cinco millas de longitud, que pone en comunicacion la metrópoli con su puerto, el Píreo. Se puede ir á Kamalaki, que tiene la misma relacion con Corinto que el Píreo con Atenas, en uno de los botes destinados para el servicio de los pasajeros entre estos dos puertos, y la excursion es deliciosa si el barquero toma el camino más largo costeando la isla de Salamis. Los estrechos, ó bahía, ó «Sinus» de Salamis, se extienden desde el Píreo á Megara, comprendiendo un espacio de doce á quince millas; el panorama que se ofrece á los ojos del viajero es encantador, pues se ven la isla y los promontorios que cortan la bahía, formando una especie de lagos.

La Acrópolis ó ciudad alta es por todos conceptos lo más notable de Atenas; es una magnífica mole de roca, cuya cima forma una meseta, cubierta por las ruinas de templos de mármol blanco. En ningun otro punto del mundo se encuentran en tan reducido espacio tan numerosos y magníficos restos de los más puros tipos del arte clásico; y para llegar á este sitio se pasa por la magnífica entrada ó columnata del Propileo, con sus escalones de mármol, su línea de estatuas, su Pinacoteca y su templo de la Victoria.

Una de las cosas que más excitan la admiracion del observador, lo mismo aquí que en toda la Acrópolis, es la perfeccion de los detalles. Los antiguos arquitectos y escultores griegos sabian combinar la magnificencia del efecto general con la más minuciosa escrupulosidad en la ejecucion; de modo que los restos de cada columna rota, los fragmentos desprendidos de los capiteles, de los frisos, de los arquitrabes, de las cornisas ó de las estatuas, son todos objetos magníficos. Esta escrupulosidad artística es sobre todo notable en el Erecteo, no porque esté más cuidadosamente acabado que el Partenon y otros templos, sino porque su arquitectura es más rica en cuanto á la profusion de los detalles de adorno.

Dícese que este monumento se erigió por Erectes, el hijo adoptivo de la diosa Atenea, á lo cual debe su nombre el edificio. Es un templo de estilo algo heterogéneo, casi discordante, en el cual no se nota esa acostumbrada sencillez y uniformidad tan característica de los templos griegos. En vez de un pórtico en cada extremidad, oriental y occidental, y de un peristilo alrededor con columnas iguales ó semejantes, sólo tiene un pórtico, y el peristilo no existe, viéndose en lugar de un pórtico occidental proyecciones irregulares en las fachadas norte y sur de la extremidad situada al oriente. Una de estas últimas es una excrecencia, que si bien magnífica, se despega del conjunto; el techo, plano y de piedra, con elegantes cornisas, está sostenido por seis cariátides que se elevan sobre un basamento de ocho piés de altura.

Esta construccion no es en sí un templo ni el pórtico de un templo, sino probablemente un mausoleo, pues el sepulcro de Cecrops ocupa la cripta que hay debajo. En este monumento

El Erecteo

hallábase la estatua de Polias, modelada con el olivo sagrado, caida del cielo, segun dicen, y ante la cual manteníase encendida perpetuamente la lámpara de oro de Calímaco. Tambien se conservaba allí el olivo sagrado que volvió á crecer milagrosamente despues de haber sido quemado por los persas. Lo más glorioso del Acrópolis era, y aún sigue siéndolo, el famoso

Partenon ó templo de Ateneo Parthenos, del que Giffard ha dicho que es «el más precioso edificio, situado en la más bella posicion del mundo.» Sus restos columnares están lastimosamente destrozados por el centro por el choque de una bomba que los venecianos dispararon en 1687, sin contar los grandes destrozos causados por el bombardeo de 1827. En 1843, los rasguños de las columnas, de los frisos y de los arquitrabes, así como los fragmentos desprendidos de las columnas de mármol, parecian tan recientes como si la lucha hubiese ocurrido algunas semanas ántes. Tengo el pequeño fragmento de una bomba, recogido allí, y un pedazo del hueso parietal de un ateniense, reliquias tan numerosas en dicho año, que juntamente con los restos de mármol hubieran podido llenar un carro en muy poco tiempo. Me sorprendió mucho y no pude explicarme cómo muchas columnas comparativamente frágiles de los templos atenienses permanecian en pié, miéntras que la más sólida mampostería del cuerpo principal ó *cella* del edificio, habia quedado destrozada ó no existia ya. Sin embargo, despues de hacer algunas detenidas observaciones conseguí explicarme tal anomalía, sobre todo al examinar la fea torre Veneciana, semejante á un cañon de chimenea mal acabado, pues entónces ví que se componia de fragmentos de mármol tomados de los cuerpos de edificio de los templos; y al inspeccionar las murallas y varios edificios modernos, reconocí que la obra maestra de Ictino y Calicrates habia servido largo tiempo como una simple cantera de material de construccion, y que cualquiera se apropiaba los mármoles adornados con los relieves de Fidias.

El Partenon nos presenta el colmo de la perfeccion de la arquitectura dórica, que pasó por muchos grados ántes de llegar á este punto de sencillez y belleza, combinado con la admirable armonía de las proporciones. Del refinamiento á que habia llegado la perfeccion del dibujo arquitectónico de los griegos tenemos una admirable prueba en los recursos adoptados en la construccion de ese monumento para compensar los defectos naturales de la vision humana. La superficie de cada escalon mirada de extremo á extremo es convexa; la ciencia moderna ha demostrado que las líneas rectas de ahora parecen cónvocas, lo cual se debe probablemente á la concavidad de la retina de nuestros ojos. Los arquitectos griegos habian reconocido esto, y arquearon las largas líneas de sus edificios precisamente hasta el grado necesario para corregir la ilusion natural. Si las columnas del pórtico del Partenon se hubieran elevado por igual sobre la superficie convexa del peldaño superior, debia parecer que se inclinaban hácia fuera, sobre todo en las columnas exteriores: con la plomada se puede reconocer que ahora se inclinan hácia adentro hasta la extension de tres pulgadas sobre su altura total. Esta desviacion de las reglas masónicas es sin embargo un triunfo maravilloso del verdadero arte arquitectónico, pues corrige exactamente los efectos de la incidencia de luz y sombra debida á los diversos contrastes.

En el Partenon se concentra á la vez, no sólo la más alta perfeccion de la arquitectura, sino tambien de la escultura: allí está la colosal obra maestra de Fidias, la *Criselefantina* Minerva, de treinta y nueve piés y medio de altura, cuyo ropaje es de oro macizo, habiéndose imitado las carnes con marfil; en su mano tendida apoyábase la imágen de una Victoria de cuatro cúbitos de elevacion; pero de esta estatua sólo conservamos la tradicion, pues su material era demasiado apreciable para que se respetara mucho tiempo; y por lo mismo podemos dudar de la exactitud de las descripciones que se han hecho. Sólo por los restos de los inmortales relieves de Fidias y otros trabajos de menor importancia conservados en el Museo Británico, nos es dado reconocer que no hay exageracion en cuanto se ha dicho de la belleza y maestría de los mármoles del célebre escultor griego.

Al examinar los preciosos relieves, ó las ruinas del mismo Acrópolis, debemos recordar que sólo son pálidas sombras del original, y que el mármol blanco se eligió, no por su blancura, sino porque ofrece una superficie más tersa y limpia para los más brillantes y delicados colores. Seria necesario esforzar mucho nuestras imaginaciones modernas para poder pintar el esplendor de la antigua Atenas. Todos los templos del Acrópolis, y tambien los de la ciudad baja, ó del Asty, ostentaban los más preciosos tintes; y las exquisitas cinceladuras de los chapiteles y arquitrabes, de los frisos y cornisas, realzábanse por los delicadísimos colores, que ofrecian un contraste seductor. Las figuras esculpidas y las innumerables estatuas no eran esos tipos frios y sin expresion que en los monumentos sepulcrales de hoy dia representan nuestras nociones de una estatua; muy por el contrario, todas tenian el color propio para comunicarles la mayor semejanza con el sér humano, y admiraban por su incomparable belleza. Las ninfas ofrecian un conjunto maravilloso; hubierais dicho que su seno, delicadamente sonrosado, palpitaba lleno de vida; en vez de esas grandes órbitas, de esos huecos que en nuestras estatuas hacen las veces de ojos, que no representan la vida ni la muerte, ni el sueño ni el despertar, las de los griegos tenian pupila é íris, tan hábilmente pintados que parecian trasparentes, tan llenos de animacion que se hubiera creido que iban á seguir con la mirada el movimiento de los espectadores. En cuanto el ropaje, era magnífico, y todo él festoneado de oro bruñido. En los mármoles de los frisos del Partenon que se hallan ahora en el Museo Británico se pueden ver los agujeros en que se sujetaban las armas de metal y las cadenillas de oro, habiendo motivo para creer que algunas estatuas tenian collares y otros adornos de gran precio; pero como era de temer, todo cuanto valia la pena de ser robado y vendido desapareció muy pronto.

Sin detenernos á examinar otros monumentos de menor importancia del Acrópolis, bajaremos al Asty, el sitio donde se eleva la moderna capital. Los restos más notables que aquí se encuentran son los del Templo de Júpiter Olímpico, que consisten en columnas y algunos fragmentos sobrepuestos, lo cual basta para reconocer que era un ejemplo del más moderno y adornado arte corintio.

El Templo de Teseo es la muestra más perfecta que se ha conservado de un templo griego. El arco de Adriano, que divide la ciudad de este de la de Teseo, ofrece un conjunto tan feo en el original como en los grabados que le representan, y revela muy bien la influencia de Roma sobre la arquitectura griega, degradacion que puede estudiarse en toda la Italia y en el resto de Europa. Entre dicho arco y el Acrópolis, hay un pequeño templo precioso, pero lastimosamente mutilado: es el célebre monumento Corágico de Lisicrates; la inscripcion que se ve alrededor del arquitrabe nos dice que fué edificado en honor de «Lisicrates, hijo de Lisiteides, que dirigió los coros cuando los hijos de la tribu de Acamantis alcanzaron la victoria,» en el año 335 A. de J. Es un cilindro de mampostería rodeado de columnas corintias;